

ses, sino por el ascendiente de la verdad y por la imposibilidad de dar mejores consejos, ¿qué fundamento tienen, pues, tu injusticia y tu furor de condenar hoy mis palabras, cuando entonces no tenias nada mejor que proponer?

Son principios establecidos en todas las naciones, que el mal cometido deliberadamente se castigue con penas rigurosas é inflexibles, y que para toda falta involuntaria se tenga indulgencia y moderacion. ¿Hay un ciudadano que, sin prevaricar y despues de haberse consagrado á empresas que todos aprobaban, sucumbe en la ruina comun? No le dirijais injurias ni recriminaciones; participad más bien de su dolor. Estas máximas no están solamente en las leyes; la naturaleza las ha grabado en el corazon del hombre con caractéres indelebles. Pero Esquines, sin embargo, traspasa todos los límites en sus delaciones atroces. ¡Lo que él mismo ha llamado revés de la fortuna, me lo atribuye como un crimen! Despues, dando á sus palabras un acento de candor y patriotismo, os induce á la desconfianza; teme que os engañe y os seduzca; me llama, en fin, orador peligroso, fascinador y sofista; ¡como si atribuyendo á otro sus propias cualidades se las pudiese prestar! ¡Como si los oyentes no conociesen los lábios de donde parte el insulto! Afortunadamente sé que conoceis á Esquines, y que todos le considerais más merecedor que yo de sus injurias. Sé tambien que la elocuencia que me supone, depende sobre todo del auditorio, y que el orador mejor acogido y más favorablemente escuchado pasa siempre por el más hábil; pero sea de esto lo que quiera, mi esperiencia en el arte de la palabra se empleó siempre por vosotros en los asuntos públicos, y jamás contra vosotros ni aun en las causas privadas. (1) La suya, al contrario, vendida al enemigo, se desencadenaba contra todo parti-

(1) Hé aquí donde coloca Stievenart el pasaje que en los trozos citados por La Harpe, se encuentra en otro lugar.

cular que le resistía, sin emplearla nunca en pró de la justicia y del bien público. ¿Debe un buen ciudadano pedir á sus jueces, reunidos para tratar de los intereses generales, que se presten á servir su cólera, su ólio y sus pasiones? ¿Debe traer tales sentimientos ante vosotros? ¡No! Su corazon los desechará ó sabrá al menos moderarlos. ¿Cuándo, pues, el orador y el hombre de Estado podrán abandonarse á los impulsos de su vehemencia? Cuando algun peligro amenace á la pátria, cuando el Pueblo tenga alguna guerra que sostener. Entonces es cuando se encenderia el celo de los buenos ciudadanos. Pero no haberme perseguido nunca en su nombre, ni en nombre de Atenas, por ningun atentado ni delito, y venir hoy armado de una acusacion contra una corona y contra algunos elogios, y agotar en ella todos los recursos de su elocuencia, es dar á conocer el ódio y la envidia de un corazon vil y enteramente corrompido. ¡Caer primero sobre Ctesifonte y dirigir despues el combate contra mí, es acumular todas las bajezas!

Por lo fuerte de tus declamaciones, Esquines, podría creerse que habias emprendido esta acusacion, no para pedir el castigo de un culpable, sino para hacer alarde de unos pulmones muy desarrollados. Y sin embargo, no es la belleza del lenguaje ni el estrépito de la voz lo que se estima en los oradores, sino su amor á la justicia y su deseo de obrar siempre conforme á los intereses de la pátria. Con estos sentimientos, las palabras serán siempre sinceras y leales. Pero el que se inclina servilmente hácia el punto donde la República oye rugir las tempestades, ni se asegura en la misma áncora que sus conciudadanos, ni espera la salvacion del mismo lado que ellos. ¿No observas en mí todo lo contrario? Nunca tuve más interés que el interés de todos, sacrificando siempre al bien comun toda mira personal. ¿Y podrás decir otro tanto, tú que inmediatamente despues de la batalla, fuiste de embajador

cerca de Filipo, antes de las desgracias de tu patria? Todos saben que, antes de esta época, habias rehusado siempre este cargo. Pero, ¿quién es el que engaña á la República? ¿No es el ciudadano que habla de distinta manera que piensa? ¿No recaen sobre él las justas imprecaciones del heraldo? ¿Puede vituperarse á un orador algo más grave que el hablar contra sus propios sentimientos? Pues este es el crimen que, sin embargo, se ha descubierto en tí. ¡Y aun tienes valor para hablar! ¡Y aun te atreves á mirar cara á cara á los ciudadanos! ¿Crees que no te conocen, ó que el sueño del olvido ha borrado en ellos el recuerdo de los discursos que pronunciastes durante la guerra, en los cuales protestabas con imprecaciones y juramentos que no tenias ninguna inteligencia con Filipo, atribuyendo á ólio personal las acusaciones que yo te dirigía? Todos recuerdan que á la primera nueva que llegó de la derrota, olvidaste cuantas seguridades habias dado, y te proclamaste el huésped y el amigo de Filipo, disfrazando así, con estos hermosos nombres, tu infame tráfico. Y en efecto, ¿qué título legitimo pudo tener Esquines, el hijo de Glaucotea, la tocadora de tímpano, para ser huésped y amigo, ó solamente conocido, del monarca Macedonio? No le conozco ninguno, y solo veo que estaba á su dependencia para perder á Atenas. ¡Sí, tu traicion era manifiesta; despues del desastre, tú fuiste tu propio denunciador; tú, que me ultrajas y me atribuyes unas desgracias de las cuales no encontrarás á nadie que sea menos culpable que yo!

La República, Esquines, ha emprendido y ejecutado grandes cosas por mi consejo, y voy á presentarte la prueba de que no ha olvidado mis servicios. Cuando inmediatamente despues de la derrota fué necesario elegir el orador que en un panegirico debía tributar los últimos honores á los mártires de la pátria, no fuiste tú el elegido, á pesar de tu voz sonora y de tus intrigas, ni Démades que

acababa de conseguirnos la paz, ni Hegenon ni ningun otro de tus amigos; esta honra me fué dispensada. Entonces se os vió á Pitocles y á tí vomitar contra mi persona, poseidos de tanto furor como impudencia, las mismas invectivas que acabas de reproducir, lo cual fué un motivo más para que los atenienses persistiesen en su eleccion. Las causas principales que tuvieron para hacerlo, voy á manifestártelas, sin embargo de que no las ignoras. Ellos conocian mi inalterable amor á la pátria, igualmente que todos los crímenes con que la habeis ofendido. Ellos sabian que nuestros reveses aseguraban vuestra impunidad, y que si vuestros sentimientos antipatrióticos no se manifestaron hasta que arreció la desgracia, esto era una prueba de que en todas épocas habiais sido enemigos encubiertos de la República. ¿Podía tampoco confiarse el panegirico de aquellas víctimas heróicas, á los que se habian visto mezclados con los vencedores, participando del placer insultante de sus festines y alegrándose de nuestras calamidades? ¿Era digno que una lengua mentirosa pronunciase las alabanzas y deplorase el infortunio de tan ilustres muertos? Para esto era indispensable, no quejas y lágrimas finjidas, sino un alma penetrada del público sentimiento. Este dolor lo encontraban los atenienses en su corazon y en el mio, pero no en el vuestro, y por esta causa me prefirieron para un cargo tan honroso. Pero no solamente fueron ellos, sino que tambien los padres y los hermanos encargados de las exequias obraron del mismo modo. La comida fúnebre que se dá ordinariamente en la casa de cualquiera de los más próximos parientes, la dieron en la mia. No se engañaron al proceder así, porque si ellos estaban ligados á los muertos por los vínculos de la sangre, como ciudadano nadie lo estaba tanto como yo. Si; los más interesados en su conservación y en su triunfo debian ser, despues de su desgracia, para siempre irreparable, los que mayor parte tomasen en el luto general.

Que oiga leer ese hombre la inscripcion que Atenas hizo grabar sobre la tumba de sus mártires. Aquí, Esquines, tambien reconocerás tu injusticia, tus calumnias y tu maldad.

(Lectura de la siguiente inscripcion:

Estos guerreros, víctimas intrépidas de su civismo y de su amor á la gloria, encontraron la muerte, en medio de mil peligros, por abatir á un tirano y por castigar sus crímenes. Mientras que rechazaban la deshonra y la esclavitud, la fortuna, envidiosa, hizo inútiles los esfuerzos de su valor. Pelearon á muerte contra el enemigo de su pátria, y la muerte los venció. Todavía los lloramos, pero ¡en vano vertemos lágrimas! porque así lo dispuso el Destino, cuyos decretos son inmutables. Solo pertenece á los Dioses el no equivocarse nunca, y solo ellos disponen siempre de la dicha y la fortuna. Mortales, resignáos con la voluntad del Cielo.)

Ya lo oyes, Esquines, *solo pertenece á los Dioses el no equivocarse nunca, y solo ellos disponen de la fortuna.* ¿Es á un orador á quien esos versos hacen árbitro de la victoria? No, ese poder lo atribuyen á los inmortales. ¿Por qué, pues, miserable, me diriges tantas imprecaciones? ¡Oh! ¡Permita el cielo que todas caigan sobre tí y los tuyos!

En medio de tantas imputaciones calumniosas, una circunstancia ¡oh atenienses! me ha sorprendido más que todo. Al recordar nuestras desgracias, Esquines no se affigía como corresponde á un buen ciudadano; ¡ni una lágrima en sus ojos! ¡Ni un acento de dolor en sus lábios! Alzando su voz retumbante, se alegraba y creía acusarme, sin ver que se acusaba á sí mismo, al mostrar que no participaba del infortunio comun como nosotros. Sin embargo, á cualquiera que se alabase, como él, de amar las leyes y la democracia, le convendría mostrarse interesado en las ventajas y en las desgracias del Pueblo, en vez de colocarse, por una política desleal, bajo las banderas

del enemigo. Esto es lo que has hecho, Esquines, cuando me imputabas el desastre sufrido por la Grecia y las desventuras de Atenas. No, atenienses, no fueron mis consejos la causa que os llevó desde el principio á defender la independencia griega. ¡Oh! Si me atribuí el honor de todo lo que habeis hecho para reprimir un poder que se levantaba contra los helenos, me habeis concedido más que el Pueblo ha concedido hasta ahora. Apropiarme semejante honra sería inferiros una injuria que no podríais perdonarme; y si ese hombre fuese justo, tampoco buscaría en el ódio que me profesa un pretexto para calumniar vuestra gloria.

Pero, ¿á qué me detengo en esto? ¿No tendré que rechazar mentiras aun más escandalosas? El que me ha acusado, ¡oh cielos! de inteligencia con Filipo, ¿qué no será capaz de decir? Pongo por testigos á Hércules y á todos los inmortales, de que si dejando aparte las imputaciones del ódio y la calumnia se investigasen de buena fé los culpables sobre cuyas cabezas debe recaer la responsabilidad de nuestras calamidades, se encontraría que son los Esquines de cada ciudad y de ningun modo los Demóstenes. Cuando el poder de Filipo era aun débil y pequeño, prodigamos á la Grecia advertencias, exhortaciones y consejos de prudencia, mientras que ellos, escitados por una sórdida rapacidad, vendian los intereses públicos, procurando seducir y corromper á los ciudadanos hasta dejarlos reducidos á la servidumbre. En Tesalia estaban Daocho, Cineas y Trasideo; en Arcadia Cercidas, Hierónymos y Eucampidas; entre los argivos Myrtes, Menaseas y Teledamo; en Elis Euxiteo, Aristaechmo y Cleotimo; en Mesena la raza del impío Filiades, Neon y Trasiloco; en Siciona Aristrato y Epicares; en Corinto Dinarco y Demarato; en Megara Peteodoro, Helixos y Perilao; en Tebas Timolao, Teogiton y Anemetas; y en la Eubea Hiparco, Clitarco y Sosistrato. En fin, el dia concluiría antes de

que yo hubiese acabado de nombrar todos los traidores. Ved, pues, ¡oh atenienses! los hombres que, en sus ciudades, seguían la misma conducta que esos entre vosotros. Corazones de cieno, viles aduladores, furias de su patria, á la cual cada uno ha procurado mutilar horriblemente, han vendido la libertad, entre brindis y libaciones, á Filipo y Alejandro sucesivamente, y haciendo consistir su felicidad en sus inmensas liviandades y en sus infamias, han destruido aquella independencia, aquella satisfacción de no sufrir el yugo de ningún amo, noble y supremo orgullo de nuestros mayores.

En medio de las conspiraciones odiosas que tanto se repitieron; en medio de las pujas, por decirlo así, en que se fijaba precio á la libertad griega, el mundo, gracias á mis consejos, ha visto la inocencia de Atenas, y los atenienses la de Demóstenes. ¿Y te atreves aún á preguntar por qué virtudes creo merecer una recompensa? ¡Pues bien! Voy á decírtelo. Haber resistido los halagos, las seducciones y las más brillantes promesas cuando en las ciudades griegas todos los oradores, empezando por tí, se vendían primero á Filipo y despues á Alejandro; haber desechado la esperanza, los temores y el favor, y haber defendido los intereses y los derechos de mi patria; haber dado siempre á mis conciudadanos consejos saludables sin permitir que la balanza de mi voluntad se inclinase por el oro; haber manifestado en todos mis actos un alma recta é incorruptible; haber, en fin, dirigido los más grandes asuntos de mi siglo con prudencia, con justicia, con sinceridad; ¡hé aquí mis títulos para merecer una corona!

En cuanto á la reparacion de los muros y de los fosos que ridiculizas con tus burlas, la creo digna de reconocimiento y de elogio, ¿por qué no? pero la coloco muy por bajo de mis otros servicios. No, no es únicamente con piedras y ladrillos con lo que he fortificado á Atenas. Dirige una mirada imparcial sobre mis verdaderas fortificaciones

y encontrarás armas, reductos, plazas, puertos, naves, tropas de caballería y un ejército leal y valeroso. Vé las fortalezas de que he provisto, en cuanto era posible á la prudencia de un hombre, no solamente las cercanías de la ciudad y del Pireo, sino toda el Atica. Por consiguiente yo no he sido vencido por la política y las armas de Filipo, y más bien que esto debe decirse que los generales y los soldados de nuestros aliados sucumbieron á la adversidad de la Fortuna. Hé aquí las pruebas de lo que digo, y juzgad de su evidencia y de su fuerza.

¿Qué debía hacer un buen ciudadano que deseara trabajar por su patria con todo el celo, con todo el acierto y prevision posibles? ¿No debía asegurar el Atica, en el litoral por la parte de la Eubea, en tierra por la frontera de Beocia, y hácia el Peloponeso por los pueblos limítrofes? ¿No debía buscar, para el trasporte de granos hasta el Pireo, un camino seguro á través de las comarcas amigas? ¿No debía defender lo que poseíamos, es decir, el Proconeso, el Quersoneso y Tenedos, y enviar socorros para conseguirlo, pronunciar discursos y redactar decretos? ¿No debía conciliarse la amistad y la alianza de Bizancio, de Abydos y de la Eubea? (1) ¿No debía quitar al enemigo sus principales fuerzas y suplir con ellas las que nos faltaban? Pues todo esto lo he conseguido con mis decretos y mi política. Si; sometida á un exámen imparcial, mi conducta no ofrece otra cosa que sábios proyectos ejecutados con integridad, que atencion para descubrir y aprovechar toda circunstancia favorable y para hacer cuanto es permitido á las facultades de un solo hombre. Si un género fatal, si la Fortuna, si la impericia de nuestros generales, si la traicion y si todas estas causas reunidas han ocasionado la ruina universal, ¿dónde está el crimen de

(1) La Eubea mencionada más arriba parece designada aquí por un error de copista.—(Stievenart.)

Demóstenes? ¡Oh! si cada ciudad griega hubiese poseído un ciudadano que ocupara su puesto como yo ocupaba el mío entre vosotros; si un solo tesalio, si un solo arcadio hubiese pensado como yo pensaba, ningun heleno de esta ni de la otra parte de las Termópilas, sufriría al presente la tiranía extranjera! ¡Libres con sus propias leyes, sin peligros, sin inquietudes, todos vivirían dichosos bajo el cielo de la pátria; y su reconocimiento hácia Atenas por tantos beneficios inestimables, sería obra mia!

Para probaros que por temor de despertar la envidia, empleo un lenguaje inferior á la importancia de los hechos, se van á dar á conocer los socorros enviados á consecuencia de mis proposiciones.—(*Lectura de una enumeracion de los socorros.*)

Hé aquí, Esquines, lo que debe hacer todo hombre honrado, todo buen ciudadano. El éxito, ¡oh Dioses inmortales! nos habría elevado á la cumbre de la grandeza; y despues del revés que hemos sufrido, nos queda, al menos, una reputacion intacta. Nadie se queja de Atenas, nadie censura su política, y solo se acusa á la Fortuna de haberse mostrado adversa. Pero, ¡por Júpiter! el buen ciudadano no se aparta de los intereses del Estado; no se vende á los enemigos para servirles, llegada la orasion, en vez de servir á la pátria; no denigra al hombre cuyos discursos y decretos, dignos de la República, han merecido una aprobacion constante; no guarda en su memoria el recuerdo de las injurias personales; no permanece, en fin, como tú haces frecuentemente, en una quietud insidiosa y funesta.

Sin duda que hay un reposo útil á la pátria, y casi todos vosotros participais de él honradamente; pero en nada se parece al reposo de ese hombre. Retirado de los asuntos, se le vé espiar las ocasiones en que estais fatigados de oír á un orador asíduo, y los momentos en que la suerte os envía alguno de esos reveses ó alguno de esos acci-

dentos desgraciados, tan comunes en la vida humana. Entonces deja repentinamente su retiro, asalta la tribuna, dilata su voz, amontona palabras sobre palabras, y prolonga sin tomar aliento esos períodos sonoros, que lejos de producir algun bien, impresionan lijeraente sobre algunos asuntos y deshounran la República. Si estos esfuerzos laboriosos parten, ¡oh Esquines! de un alma pura que se interesa por el bien de la pátria, producen frutos preciosos y útiles á todos, tales como alianzas, subsidios, empresas comerciales, leyes saludables y fuertes obstáculos opuestos al enemigo. Esto es lo que se busca en los dias azarosos, que ofrecen al buen ciudadano mil ocasiones propicias en las cuales no has aparecido ni al principio, ni despues, ni nunca, aunque se tratase de la defensa ó engrandecimiento de la pátria. ¿Qué alianzas, qué gloria, qué amigos, qué socorros ha conseguido Atenas por tí? ¿Ha habido alguna embajada ó espedicion en que la haya honrado tu conducta? ¿Ha habido algun asunto ateniense, griego ó extranjero, que haya tenido buen éxito en tus manos? ¿Nos has proporcionado alguna vez armas, buques, arsenales, fortificaciones ó tropas? ¿Han recibido los ricos ni los indigentes algun beneficio por tus donativos patrióticos? ¿Podrás decir, acaso, que has mostrado celo y actividad? Pero ¿dónde? ¿En qué tiempo? ¡Oh el más injusto de los hombres! cuando todos los oradores se imponian una tarea voluntaria por la salud comun; cuando últimamente Aristónico (1) sacrificó por la pátria las economías reunidas para su rehabilitacion, tú no contribuiste con nada, ni siquiera te presentaste en público. ¿Fué por indigencia? No; porque habias recibido más de cinco talentos de la herencia de tu suegro, y dos que te dieron colectivamente

(1) Este Aristónico es el mismo que antes que Ctesifonte había propuesto coronar á Demóstenes. Condenado á pagar una multa superior á sus recursos, perdió su calidad de ciudadano hasta adquirir con qué satisfacer la pena impuesta.—(*Stievenart.*)

los mayores contribuyentes por haber mutilado la ley sobre los armamentos marítimos. Pero dejemos á un lado estos detalles, que sin sentirlo me arrastrarian muy lejos. Es cosa indudable que si nunca has contribuido á las necesidades comunes, no ha sido por falta de recursos, sino por una consideracion delicada hácia aquellos que habian comprado tus servicios.

¿Cuándo, pues, te muestras atrevido? ¿Cuándo descuellas sobre todos? Solo cuando es necesario hablar contra tus conciudadanos. ¡Oh! Entonces desplegas una voz atonadora, una inmensa memoria y el talento del gran cómico Teocrino. (1)

Has hablado de los grandes hombres que florecieron en los tiempos antiguos; nada más laudable. Pero es injusto ¡oh atenienses! abusar de vuestra admiracion por aquellos ilustres varones y establecer un paralelo entre ellos y yo, que soy contemporáneo vuestro. ¿No es sabido que la envidia aborrece á los vivos y se enamora de los muertos?(2) Tal es el corazon humano y por esto no debe juzgarse me con la vista fija en nuestros ilustres predecesores. Lo contrario sería proceder sin justicia ni imparcialidad. Contigo, Esquines, y con aquellos de tus parecidos que prefieras, entre nuestros contemporáneos, es con quienes debe comparármese. Considera tambien si para Atenas no es más útil premiar el amor pátrio y los servicios prestados á la República que el recuerdo de las magníficas empresas de nuestros abuelos, ante los cuales toda alabanza languidece, sobre todo cuando dicho recuerdo sirve para olvidar ó despreciar los beneficios recientes. Más diré aún:

(1) Famoso calumniador que, como Esquines, habia sido cómico.

(Stievenart.)

(2) Bentham cita esta frase en su tratado sobre sofismas políticos, en la misma forma que la dejamos traducida. Stievenart la pone así: «¿No se sabe que la envidia hiera más ó ménos á los vivos y que los muertos no tienen enemigos?»

que se examine de buena fé mi conducta, y se reconocerá la conformidad de mis intenciones con las de los grandes hombres que celebras y la conformidad de tus intrigas con las de sus calumniadores. Porque tambien en aquellos siglos habia malvados, parecidos á ti en lo cobardes y envidiosos, que ensalzaban á los muertos para rebajar á los vivos. Dices que no me parezco en nada á aquellos ilustres ciudadanos; pero, ¿quieres decirme si tú, Esquines, y tu hermano y los demás oradores de hoy me llevais en esto alguna ventaja? El hombre de bien compara los vivos á los vivos y los talentos de ellos entre si, como se hace con los poetas, los bailarines y luchadores. Filamon, aunque inferior á Glocos y á algunas antiguos atletas, no salía de Olimpia sin recompensa; superior á sus antagonistas, era coronado y proclamado vencedor. De igual modo, Esquines, puedes compararme á los oradores de nuestro tiempo, á tí mismo ó á cualquiera otro, sin temor de que retroceda ante ninguno. Mientras que la República ha podido adoptar los consejos más útiles; mientras que ha sido posible á todos los ciudadanos rivalizar en celo por el bien público, se me ha visto proponer las resoluciones más convenientes, habiéndose resuelto todo por mis decretos, mis leyes y mis embajadas. En cambio vosotros jamás habeis aparecido sino que para perjudicar al Pueblo. Despues de los tristes acontecimientos, (¡por qué los Dioses los habrán permitido!) cuando se buscaban, en lugar de fieles consejeros, esclavos dóciles, traidores, aduladores y mercenarios, tú y tus cómplices brillásteis en la opulencia, costeando magníficos caballos; y yo entretanto quedaba oscurecido, pero abrigando en mi pecho un corazon consagrado á la pátria.

Dos cualidades ¡oh atenienses! caracterizan al buen ciudadano, titulo que creo poder atribuirme sin despertar la envidia: en el ejercicio del poder, una firmeza inquebrantable para mantener el honor y la preeminencia de la

República: en todo tiempo y para todos sus actos públicos, desinterés y patriotismo. Esto último depende de nosotros, está en nuestro corazón, aunque no tengamos el poder á nuestro alcance. ¡El patriotismo! Hé aquí lo que encontráis en mí, constante, inalterable. Recordad, en prueba de ello, que se ha pedido mi cabeza, que se me ha citado al tribunal de los Anfictiones; que se han puesto en juego ofrecimientos y amenazas; que se han lanzado contra mí esos miserables como bestias feroces, y que nada ha podido apartarme de vuestros intereses. Desde mis primeros pasos he seguido el camino más recto: mi política ha consistido siempre en sostener las prerogativas, el poder y la gloria de mi patria, en estenderlas é identificarme con ellas.

Cuando el extranjero prospera, no se me vé pasar por la plaza pública rebotando de júbilo, tendiendo la mano y refiriendo las noticias á los que seguramente han de transmitir las á Macedonia. Si nuestra ciudad tiene algún motivo de alegría, no tiemblo al saberlo, ni me retiro azorado y con la mirada abatida, como esos impíos que difaman la República, sin ver que se deshonran ellos mismos, y que, fija la vista fuera de su patria, celebran los triunfos del que debe su prosperidad á las desgracias de la Grecia, deseando que se dedique á perpetuarlas.

¡No escuchéis, Dioses inmortales, sus culpables votos! ¡Corregid, corregid su espíritu y su corazón! Y si tanta maldad es irremediable, ¡haced que, abandonados en el mundo, perezcan sobre la tierra ó sobre los mares! ¡Para nosotros, última esperanza de la patria, solo pedimos que os apresureis á disipar los peligros suspendidos sobre nuestras cabezas y á asegurar nuestra conservación!

ELOGIO FÚNEBRE

DE LOS GUERREROS ATENIENSES MUERTOS EN QUERONEA.

Introducción.

«Por el mismo Demóstenes sabemos, dice Mr. Villemain, que fué elegido por el pueblo ateniense para celebrar á los guerreros muertos en Queronea; y hace valer en su favor esta circunstancia, que su rival Esquines le había reprochado elocuentemente. Pero el elogio fúnebre que nos queda bajo el nombre de Demóstenes, no parece auténtico á Dionisio de Halicarnaso ni á Libanio. El discurso que este grande orador pronunció, ¿no era indigno de figurar entre sus demas oraciones para que hubiese desdeñado el conservarlo? ¿Pudo acaso sustituirse más tarde por otro discurso de algún sofista? Sea de esto lo que quiera, parece que la elocuencia vigorosa de Demóstenes, tan propia para las luchas violentas de la tribuna y del foro, no debía acomodarse fácilmente á las formas del panegírico..... Por lo demas, este elogio de los guerreros muertos en Queronea, ora se niegue, ora se atribuya á Demóstenes, cuyo nombre lleva, ofrece rasgos muy notables. Creo difícil que sea la obra de un retórico. Se encuentra en él una elevación que es propia de los buenos tiempos de la Grecia.» (1)

Juegos ecuestres y gímnicos, certámenes de canto y de poesía, una comida fúnebre y una columna con una inscripción muy sencilla, honraban la memoria de los defensores de la patria. Tucídides nos refiere las escenas imponentes y solemnes, cuyas ceremonias tan patrióticas y morales eran animadas por la elocuencia.

(1) Ensayo sobre la oración fúnebre.